



La revitalización y  
la reestructuración  
en san Agustín

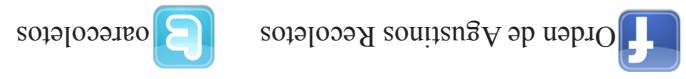
*... crecamos, adelantamos  
y renovemos nuestro hombre  
interior de día en día ... (s. 131, 1)*

Documento 3

Orden de Agustinos Recoletos



[www.agustinosrecoletos.com](http://www.agustinosrecoletos.com)







**Orden de Agustinos Recoletos**

# **Comisión del proceso de revitalización y reestructuración de la Orden**

## **Documento 3**

**Roma  
Noviembre de 2011**

#### 4. Conclusión

La oración con la que san Agustín suele concluir sus sermones nos sirve ahora para concluir estas reflexiones y ponerlas, junto con nuestras vidas y proyectos en manos de Dios:

*Vueltos al Señor Dios Padre omnipotente, con puro corazón y en la medida de nuestra pequeñez, démosle las más sinceras gracias, suplicando con toda nuestra alma a su singular mansedumbre que en su bondad se digne escuchar nuestras preces, que aleje con su poder de todos nuestros actos y pensamientos al enemigo, que nos multiplique la fe, gobierne nuestra mente, nos conceda pensamientos espirituales y nos conduzca a su bienaventuranza, por Jesucristo su hijo. Amén<sup>90</sup>.*

#### 5. Para la reflexión y el diálogo comunitario

– ¿Qué podemos hacer para ser más coherentes como religiosos agustinos recoletos? ¿Cómo podemos asumir el proceso de conversión y reestructuración interior que necesitamos?

– ¿Qué elementos de la vida y enseñanza de san Agustín nos pueden ayudar hoy en el proceso de revitalización de la Orden? ¿Cómo podríamos hacerlos nuestros?

– ¿Qué experiencias y enseñanzas de san Agustín, en este tiempo de cambios y nueva evangelización, podemos proponer en nuestros ministerios?

– ¿Cómo tendríamos que organizar nuestras comunidades y provincias para que nuestro testimonio de vida fraterna fuera más significativo?

---

<sup>90</sup> s. 183, 15.

ción, incluso a dimitir como obispo por la equivocación tan grave que ha cometido y por el mal que ha sobrevenido al pueblo de Dios por su precipitación, incluida decisión<sup>89</sup>.

Ciertamente san Agustín nunca dimitió como Obispo de Hipona y como tal murió el 28 de agosto del 430. No obstante este caso de Antonino de Fusala nos puede iluminar en la reestructuración y en la revitalización con dos elementos importantes. En primer lugar, san Agustín decide reestructurar su diócesis movido por su deseo de brindar una mejor atención pastoral a sus fieles, sobre todo por sentirse incapacitado para llevar a cabo el mismo ese trabajo, ya que no hablaba púnico y los moradores de Fusala eran mayoritariamente hablantes de esa lengua.

El criterio a seguir en la reestructuración de nuestros ministerios pastorales no debe ser el gusto o la cantidad de años que llevamos haciendo un determinado trabajo pastoral, sino la mejor atención pastoral de los fieles en servicio de la Iglesia, con el reconocimiento humilde de los propios límites y buscando siempre el bien de aquellos a los que atendemos en el nombre de Dios. No se trata de conservar ministerios sólo por el hecho de conservarlos, aunque la atención que brindemos sea poca, pobre y limitada. Para san Agustín el servicio pastoral es un servicio de caridad, un servicio de amor.

En segundo lugar, el caso de Antonino de Fusala invita a evitar la precipitación. San Agustín se arrepentirá siempre de la mala decisión tomada al estar presionado por las circunstancias. Hubiera sido mucho mejor haber aplazado la consagración episcopal y haber buscado un candidato idóneo, y no lo que realmente sucedió y que le causó tantos problemas.

De este modo ante las situaciones que podamos vivir hoy dentro de la Orden y que pudieran exigir una decisión urgente, será siempre mejor pensar bien, orar y posponer si fuera del caso. De esta manera se evita la precipitación que será siempre mala consejera y que conducirá casi siempre al error. Este sería posiblemente uno de los consejos que san Agustín nos daría hoy ante la reestructuración: no precipitarse nunca, ni dejarse presionar por obispos, contratos que terminan, o los religiosos pertinaces. Cada decisión debe tener su tiempo de maduración para buscar la mejor opción, y de esta manera cumplir lo que Dios espera de los Agustinos Recoletos hoy.

<sup>89</sup> Cf. *ep.* 209, 10.

## La revitalización y la reestructuración en san Agustín

*“Seamos siempre nuevos, no permitamos  
que lo viejo se introduzca en nosotros,  
crezcamos, adelantemos y renovemos  
nuestro hombre interior de día en día...  
que la novedad misma (Cristo)  
crezca siempre en nosotros”  
(Sermon 131, 1)*

Después de la Conferencia del 411 san Agustín decide separar de su diócesis la región que quedaba al sureste de Hipona y crear allí una nueva diócesis. Se trataba de una región montañosa y de difícil acceso, que había sido un importante baluarte del donatismo y cuyos habitantes eran de lengua púnica. Quería evitar que los fieles de esta región, cuya ciudad principal era Fusala, volvieran al donatismo, por lo que para atender mejor a sus necesidades pastorales decidió separarla de su diócesis de Hipona y colocar allí a un obispo. Ciertamente esta medida agustiniana puede sorprendernos si la evaluamos con las categorías eclesiales actuales, pero pensemos, para no perdernos, que en el siglo V y en la época de san Agustín esto era normal. Así pues, una vez tomada la decisión, san Agustín buscó un presbítero que hablara púnico y que pudiera hacerse cargo de esta nueva diócesis de Fusala. Una vez que todo estuvo listo, san Agustín, como era costumbre en su época, hizo venir al obispo Primado de Numidia para la consagración episcopal, a quien debían acompañar otros dos obispos. Cuando todo estaba ya listo para la ceremonia, quien había sido elegido, no sabemos por qué razón, rehusó recibir el episcopado<sup>86</sup>. Ante tal situación, san Agustín presionado por las circunstancias y para evitar que el anciano Primado de Numidia regresara a su diócesis sin haber consagrado a nadie y se dejara el problema de Fusala pendiente de solución, decidió que un joven lector de su monasterio que era hablante nativo del púnico –y que ya había sido candidato para el presbiterado, aunque apenas pasaba de los veinte años<sup>87</sup>-, fuera consagrado como obispo de Fusala.

Todos los presentes, basados en el testimonio de san Agustín, asintieron a la consagración episcopal a pesar de la juventud del candidato. Pero las cosas no iban a salir como planeaba san Agustín, pues el joven, cuyo nombre era Antonino, una vez consagrado obispo y al ver que todos le respetaban, comenzó a comportarse de manera inmoral y rapaz, rodeándose de personas tan indignas como él. El mal comportamiento de Antonio y las quejas continuas de los habitantes de la región causaron a san Agustín muchos problemas y sufrimientos<sup>88</sup>. La historia de Antonino de Fusala es larga, pero quedémonos con el hecho de que san Agustín ante este grave error, le escribió al Papa Celestino I reconociendo su errado e imprudente proceder y le manifiesta su pensamiento para solucionar el entuerto, así como su disposi-

---

<sup>86</sup> Cf. *ep.* 209, 3. La carta 20\* dice que el presbítero escogido “nos abandonó”. Sea cual sea la interpretación que se pueda dar a esta frase, la cuestión es que llegada la hora de la ordenación episcopal no había candidato para ella.

<sup>87</sup> Cf. *ep.* 20\*, 4.

<sup>88</sup> Cf. *ep.* 20\*, 6-7.

terior renunciando al ídolo del nacionalismo y vivir como san Agustín, con un sentimiento eclesial de verdadera catolicidad y universalidad.

Algunas de nuestras comunidades hoy dentro de la Orden son ya plurinacionales y es muy posible que este fenómeno se vaya dando cada vez más en el futuro. Por ello, es preciso aprender de san Agustín el ejemplo de la catolicidad, y de saber que hay elementos esenciales que nos unen dentro de la comunidad y de la Orden, que son el amor de Cristo y el carisma agustino recolecto, y que cada uno de los miembros de la comunidad está llamado a enriquecer a sus hermanos con los dones y los elementos propios que Dios le haya otorgado. Las características particulares de cada uno de los hermanos no deben crear división dentro de la comunidad; al contrario, la deben enriquecer.

San Agustín en un pasaje de las *Enarrationes in Psalmos* hará una sátira de los donatistas, como aquellos que precisamente por su nacionalismo, creían ser los únicos y los mejores. Por ello se asemejan –dirá el Santo – a las ranas que están en un pozo y creen que son las únicas y las mejores de todo el mundo, sin darse cuenta de la pobreza en la que viven. La Sagrada Escritura –prosigue– invita a edificar la Iglesia de Dios por todo el orbe:

*!Qué testimonio más terminante sobre la edificación de la casa de Dios! Truenan las nubes de los cielos a los cuatro costados que ha de edificarse la casa del Señor por todo el orbe y croan las ranas de las ciénagas, diciendo: 'Sólo nosotros somos cristianos' (...). Escucha los testimonios sobre el orbe terráqueo. Conmúevanse toda la tierra delante de El*<sup>85</sup>.

La re-estructuración y la revitalización pide de todos, que sin abandonar ni renunciar a los elementos que forman parte de nuestras raíces como seres humanos, seamos capaces de relativizar estos elementos, movidos por la fuerza del amor de Cristo, por los valores universales del Reino de los cielos y el bien de la Iglesia universal, la católica a la que tanto amó san Agustín.

### 3.3. La caridad pastoral y un grave error

Un último ejemplo es el de la creación de la diócesis de Fusala separán-dola de la de Hipona para prestar una mejor atención pastoral.

<sup>85</sup> *en. Ps. 95, 11.*

## Contenido:

1. Introducción
2. Reestructuración o conversión
  - 2.1 Conversión como reestructuración
  - 2.2 Reestructuración, dispersión y los medios actuales
  - 2.3. La finalidad de la reestructuración: la revitalización
  - 2.4 Fuentes de la revitalización
    - 2.4.1. Sagrada Escritura
    - 2.4.2. Oración
    - 2.4.3 La Eucaristía
3. Algunos principios de la reestructuración y revitalización sacados de la vida de san Agustín
  - 3.1. Reestructurando un monasterio
  - 3.2 La re-estructuración de los donatistas
  - 3.2 La caridad pastoral y un grave error
4. Conclusión
5. Para la reflexión y el diálogo comunitario

Imperio romano. Es preciso decir que esta acusación -como otras muchas del donatismo-, no tenía fundamento, pues quienes en realidad habían apelado continuamente al Imperio en contra de los católicos habían sido precisamente ellos, los donatistas, como san Agustín lo señalará en la Conferencia de Cartago del 411.

Los donatistas siguieron teniendo mucha fuerza después del 411, particularmente en las regiones en donde no se hablaba latín, sino el púnico, y en donde la causa donatista se mezclaba con cuestiones que tenían ciertos matices de una reivindicación nacional y social. De aquí que cuando san Agustín visite el *Fundum Spanianum* tenga que soportar los insultos de un presbítero radical donatista que lo acusaba de ser un traidor, es decir de traicionar la causa nacionalista y de servir al Imperio<sup>83</sup>.

San Agustín por su parte, no se sentía avergonzado de ser africano<sup>84</sup>, en el sentido que este término tenía en su época -es decir de un ciudadano del Imperio romano nacido en las provincias africanas-, pero no hacía de esto un elemento esencial. Su sentimiento era un sentimiento universal, y el término *ecclesia catholica*, iglesia universal aparecerá frecuentemente en sus obras. Y si hay un hombre verdaderamente abierto a la universalidad de la Iglesia es Agustín. Su epistolario -enriquecido por las 29 nuevas cartas de Divjak-, son un muestrario de universalidad y de servicio a toda la Iglesia en el amplio ámbito de su época. Por otro lado es preciso decir que para san Agustín las diferencias culturales dentro de una comunidad deben enriquecer a los que la forman, sabiendo que los elementos culturales son elementos secundarios y accidentales, y que lo más importante es la unidad, fruto de la caridad.

Otra de las lecciones que nos puede dar la reestructuración agustiniana frente al donatismo es el peligro que puede representar el nacionalismo. Y al hablar del nacionalismo nos referimos a aquellos casos en los cuales se anteponen los valores accidentales de la nación, de la lengua o de la propia idiosincrasia, a los valores del Reino de los cielos, a la caridad; con la grave consecuencia de la ruptura de la unidad. Es preciso reestructurar nuestro in-

---

<sup>83</sup> Cf. *ep.* 35, 4: “Sin embargo al pasar yo por Spanianum, me salió al paso un prebítero donatista de esa ciudad, en medio del campo de una mujer católica y honorable, gritando con voz impudente tras de nosotros que yo era traidor y perseguidor (...)”.

<sup>84</sup> “Cita a Mensurio, Ceciliano, Macario, Taurino, Romano y afirma que éstos hicieron contra la Iglesia de Dios, lo que no podía yo ignorar, puesto que soy africano y de edad ya avanzada”.  
*c. litt. Pet.* 3, 25, 29. Cf. *ep.* 17, 2.



con el obispo donatista Emérito, quien con su influjo y su poder era un fuerte obstáculo para la actuación del obispo católico. La entrevistista y confrontación habida entre ambos obispos es muy significativa por dos cosas. En primer lugar refleja desde sus primeras palabras, la absoluta negativa del donatista Emérito al cambio. Así, después de encontrarse con san Agustín dijo: “*Yo no puedo no querer lo que vosotros queréis, pero puedo querer lo que yo quiero*”<sup>81</sup>. A estas palabras, el genio retórico de san Agustín respondió con maestría, ya que construyó todo su discurso en torno a las mismas palabras, para hacerle ver a Emérito, su dureza de corazón, su empecinamiento y su incapacidad de renunciar a sus antiguos privilegios y prebendas en bien de la Iglesia. Desconocemos el final de la historia, pero sabemos que san Agustín al regresar a Hipona, después de exhortar al pueblo de Cesarea y animarlos a la reestructuración acogiendo al obispo católico<sup>82</sup>, se quedó con el mal sabor de boca de saber que Emérito, por lo menos hasta donde nosotros podemos saber, no quiso entrar en el proceso de reestructuración de la Iglesia del norte de África.

De estos casos, podemos sacar como conclusión que uno de los obstáculos al momento de emprender una reestructuración y revitalización es la poca generosidad y el miedo a perder prebendas, poder, privilegios y afectos humanos, por lo que hay personas, como el donatista Emérito, que se aterroran a lo que quieren, creyendo que “pueden querer lo que quieren”, en lugar de pensar que pueden “no querer lo que quieren para querer lo que la Orden quiere de ellos”. En otras palabras, que quienes se asemejan a Emérito podrían deponer su propio empecinamiento, alimentado posiblemente por estructuras humanas de muchos años a las que se han aterrorado y de las que han hecho depender su vida, olvidando que la única realidad de la que debe depender la vida de un creyente, y sobre todo de un religioso, es solo Dios.

La reestructuración de la vida y del corazón exige en muchos casos cortar amarras a afectos humanos y relaciones afectivas de dependencia, para ser verdaderamente libres y poder revitalizar nuestra vida aterrorándonos a quien es verdaderamente la Vida, Cristo el Señor, y únicamente a El.

Un segundo y grave problema que presentaba el donatismo al momento de emprender la labor de reestructuración eclesial agustiniana, era que los donatistas se presentaban como la Iglesia nacional de África, en contraposición con la Iglesia católica, a la que acusaban de aliarse con las fuerzas del

<sup>81</sup> «non possunt nolle quod uultis, sed possunt uelle quod nolot»: s. *Caes. eccl.* 1.

<sup>82</sup> Cf. c. *Gaud.* 1, 14, 15.

## Reestructuración y revitalización en san Agustín

### 1. Introducción

El hombre es un peregrino que se dirige hacia la ciudad de Dios entre las persecuciones de este mundo y los consuelos de Dios<sup>2</sup>. Es éste un icono recurrente en los escritos de san Agustín y un concepto fundamental de su pensamiento antropológico. Todo hombre como peregrino<sup>3</sup> debe vivir en un constante proceso de conversión, es decir de reestructuración interior, para poder recibir la vida de Dios, la gracia que le revitaliza.

San Agustín era muy consciente de que el ser humano corre el peligro de olvidarse de Dios y de volarse hacia las cosas de este mundo<sup>4</sup>. Por ello, el peregrino de la Ciudad de Dios debe vivir un proceso de conversión, de reestructuración interior, que le permita vivir orientado siempre hacia Dios, y en el que va encontrando una vida más plena.

La conversión o reestructuración para san Agustín nace fundamentalmente del amor. Es el amor lo que distingue precisamente a los moradores de la ciudad de Dios de los habitantes de la Babilonia de este mundo. El mismo san Agustín lo expresa con claridad en uno de sus pasajes más clásicos:

*Dos amores edificaron dos ciudades. El amor de sí mismo hasta el desprecio de sí mismo, la celestia<sup>5</sup>*

<sup>1</sup> La Comisión del proceso de revitalización y reestructuración de la Orden de Agustinos Recoletos ha encargado a Fr. Enrique A. Eguiarre Bendímez la redacción de este documento y lo propone a todos los religiosos de la Orden para su reflexión personal y comunitaria.

<sup>2</sup> “(...) inter persecutiones mundi et consolationes Dei peregrinando procurrit Ecclesiae”: *ciu.* 18, 51, 2.

<sup>3</sup> *en. Ps.* 125, 3.

<sup>4</sup> *en. Ps.* 64, 2.

<sup>5</sup> *ciu.* 14, 28: fecerunt itaque ciuitates duas amores duo, terrenam scilicet amor sui usque ad contemptum dei, caelestem uero amor dei usque ad contemptum sui.

Y para saber a qué ciudad se pertenece, es preciso considerar qué es lo que se ama, pues el amor es motor de reestructuración y revitalización, y lo que hace pertenecer a la ciudad de Dios:

*Dos amores constituyeron estas dos ciudades. El amor de Dios constituye la ciudad de Jerusalén; el amor del mundo, la de Babilonia. Pregúntese a sí mismo cada uno qué cosa ame, y se dará cuenta a qué ciudad pertenece<sup>6</sup>*

En este sentido, para san Agustín, el tema de la reestructuración y revitalización tendría una doble dimensión: una dimensión interior, que es preciso vivir y trabajar, y otra externa para que como consecuencia y a partir de aquella se pueda dar una reestructuración y revitalización exterior. Si no se da el proceso interior, que es el fundamento, el cimiento y la esencia, los elementos exteriores no dejarán de ser simples modificaciones que no podrán subsistir, pues adolecen de un principio esencial que les dé fuerza.

Por todo ello en las páginas que siguen se expondrán en primer lugar los principios interiores esenciales de reestructuración y de revitalización para san Agustín, y posteriormente, desde la perspectiva del mismo Obispo de Hipona y de los avatares de su vida, se propondrán algunas ideas sobre la reestructuración y revitalización exterior.

## 2. Reestructuración o conversión

El Papa Benedicto XVI nos ha presentado a san Agustín como “uno de los más grandes convertidos de la historia de la Iglesia”<sup>7</sup>, ya que él no sólo vivió muchos momentos de conversión (tres que señala el Papa), sino que toda su vida fue una continua conversión, ajustando siempre sus pasos para poder responder con mayor fidelidad a lo que Dios le pedía. Es más, el mismo Papa señala que la conversión de san Agustín no fue sino solo una, “primero buscando el rostro de Cristo y después caminando con él”<sup>8</sup>, de tal forma que el amor de Dios lo llena e inunda de tal manera, que toda su vida se convierte en una viva manifestación del amor que había sido derramado por Dios en su propio corazón.

<sup>6</sup> *en. Ps. 64, 2: duas istas ciuitates faciunt duo amores: Ierusalem facit amor dei; Babyloniam facit amor saeculi. interroget ergo se quisque quid amet,(...)*

<sup>7</sup> Benedicto XVI, *Homilía, 22-IV-2007*.

<sup>8</sup> *Idem*.

este sentido desde hace años. No obstante la re-estructuración y la revitalización tendrían que llevarnos a potenciar y fortalecer este elemento esencialmente agustino recoleto.

Por otra parte en una sociedad individualista como la nuestra, el fortalecimiento de nuestras comunidades en todos los sentidos, nos convertirá en un vivo testimonio de un Dios que no es individualidad, sino Trinidad; un Dios que es Comunidad de amor.

## 3.2. La re-estructuración de los donatistas

La relación de san Agustín con el donatismo presenta múltiples matices y elementos diversos que no podemos tratar en esta breve reflexión. No obstante quisiéramos poner de manifiesto dos dificultades con las que san Agustín se encontró después del año 411, una vez terminada la Conferencia de Cartago (*Conlatio Carthaginensis*) en donde “oficialmente” se dio la victoria a los católicos sobre los donatistas y se reconoció que la única Iglesia era la católica.

Si bien es cierto que el donatismo seguirá existiendo después de la muerte de san Agustín a pesar de esta “victoria” católica del 411, en el presente apartado presentaremos dos de los principales escollos a los que se enfrentó la reforma o reestructuración eclesial de san Agustín.

El primero de estos obstáculos fue la negativa a dejar situaciones privilegiadas o de poder absoluto. Algunos obispos donatistas se negaron absolutamente a entrar en los nuevos esquemas de reestructuración eclesial, a pesar de que se les reconociera su calidad de obispos. Fue el caso de Macrobio, obispo donatista de Hipona, que después del 411, en lugar de reconocer la victoria del catolicismo y de ponerse a las órdenes de san Agustín, huyó a una zona montañosa acompañado por un grupo de seguidores para, desde esta situación precaria, seguirse proclamando “obispo de Hipona”, tomando por asalto algunas iglesias de las zonas rurales<sup>79</sup>.

Algunos años después, en el 418, san Agustín tendrá que realizar un largo viaje. El más largo que hizo como obispo. Por mandato del Papa Zósimo viajó a Cesarea de Mauritania<sup>80</sup>, entre otras cosas para entrevistarse

<sup>79</sup> Cf. *ep. 139, 2; ep. 108*.

<sup>80</sup> Cf. *Vita Augustini*, 14.

mejores devotos, que los llenarán de sus regalos, y que alimentarán su vanidad con la admiración:

*De ahí surgieron discusiones entre los laicos no consagrados, pero en verdad fervorosos, que causaban gran turbación en la Iglesia, pronunciándose respetivamente a favor de los unos o de los otros. A esto hemos de añadir que algunos de los que afirmaban que no debían trabajar exhibían largas cabelleras. Con lo cual, se acrecentaba ardorosamente la oposición entre los contentientes, acusadores y defensores*<sup>75</sup>.

Uno de los elementos que pondría de manifiesto este texto agustiniano es el concerniente al gran peligro que representa el individualismo y la ruptura de los elementos comunitarios dentro de la vida consagrada. En un proceso de reestructuración y revitalización siguiendo el carisma agustino recobro, se debe tener muy presente el fortalecer, favorecer y potenciar los elementos comunitarios. No se pueden aceptar comunidades ni trabajos de cualquier tipo, en los que -como les sucedía a los monjes de Cartago-, cada religioso viva su vida de manera independiente y desligada de los demás, procurando rodearse de admiradores y patrocinadores, sin estar interesados en lo referente a la vida de comunidad, como simples sacerdotes diocesanos o profesores, que han hecho de la vida agustino recoleta un simple “*modus vivendi*”.

El sueño agustiniano fue siempre que las comunidades religiosas tuvieran una sola alma y un solo corazón dirigido hacia Dios (*Hch* 4, 32)<sup>76</sup> y que los hermanos dentro de las comunidades, en la lucha de todos los días, aprendieran a trabajar unidos, a soportarse, a perdonarse, a ayudarse y finalmente a reconocerse como verdaderos hermanos y compañeros de peregrinación hacia la ciudad de Dios<sup>77</sup>. Solo de este modo la vida en comunidad de los siervos de Dios es ya un elocuente testimonio del Reino de los cielos y no un simple medio que facilita la vida de una sociedad apostólica o misionera<sup>78</sup>.

San Agustín nos invitaría a afrontar el reto de fortalecer nuestras comunidades, material y espiritualmente. Tal vez el activismo nos ha frenado en

<sup>75</sup> *ret.* 2, 21, 1.

<sup>76</sup> *CF.: reg* 3, 1; *s. Denis* 11, 7; *s. Dolbeau* 26, 48; *en. Ps.* 132, 2 ss.

<sup>77</sup> *CF. en. Ps.* 131, 11.

<sup>78</sup> *CF. en. Ps.* 132, 12.

## 2.1. Conversión como reestructuración

Para san Agustín la conversión es, en un cierto sentido, una reestructuración, ya que la persona al vivir el drama del pecado —que crea un desorden en su interior—, modifica su estructura esencial y primordial, en donde el centro del hombre es Dios y en donde todo debe girar en torno al Creador del hombre. El pecado rompe la estructura dentro de la vida del ser humano y lo lleva a colocar otras cosas en el centro de su vida y a olvidarse de Dios<sup>9</sup>. De aquí la conocida definición de pecado que san Agustín -joven obispo- nos ofrece en el *Ad Simplicianum* como “*aversión al Creador y conversión hacia las cosas inferiores creadas*”<sup>10</sup>. El pecado es el olvido de Dios, el volverse hacia las criaturas, y por tanto la desestructuración de la vida misma del hombre.

La conversión es un movimiento orientado a volver a crear en el interior de la persona una reestructuración por medio del *ordo amoris*. Se trata pues, de que Dios vuelva a ser el centro de su vida y que todas las demás realidades des giren en torno al mismo Dios. Si bien es cierto que la expresión *ordo amoris* en san Agustín se refiere a las virtudes<sup>11</sup>, dentro de la obra agustiniana en otras ocasiones esta expresión tiene la connotación de conversión, de reestructurar el corazón y los afectos para que el hombre tenga como centro el amor de Dios<sup>12</sup>.

Un segundo elemento lo constituye la necesidad que el hombre tiene de reestructurarse en su interior, pues el orden roto por el pecado, lo lleva a la dispersión. Por esto mismo san Agustín continuamente invita y exhorta a regresar al propio interior, al propio corazón<sup>13</sup>, para desde esa vuelta al interior, poderle dar un nuevo sentido a la vida y descubrir la verdadera felicidad. La ruptura del orden es para el ser humano un camino de infelicidad, pues al volverse a las criaturas y olvidarse de Dios, el hombre es incapaz de descubrir dónde está la verdadera felicidad:

*(El hombre) dotado de una tal excelencia que aún siendo mudable, su felicidad está en unirse al bien inmutable, es decir, al sumo ser: Dios; y no*

<sup>9</sup> *CF. lib. arb.* 2, 54.

<sup>10</sup> *div. qu.* 2, 2 18; *CF. lib. arb.* 2, 19, 53.

<sup>11</sup> *ciu.* 15, 22.

<sup>12</sup> *ciu.* 11, 16.

<sup>13</sup> *Io. en. tr.* 18, 10-11.

*colma su indigencia más que siendo feliz, y nada la puede colmar más que Dios*<sup>14</sup>.

No obstante en el regreso al corazón hay requisitos, no sólo ascéticos (pues es preciso la renuncia a los reclamos del mundo y a las invitaciones a la dispersión), sino sobre todo espirituales. Se entra en el propio interior, no tanto para huir de las realidades externas, sino para encontrarse con Dios, o más bien para dejarse encontrar por Dios, quien es el que debe reestructurar con su amor toda la vida de la persona:

*No salgas al exterior, regresa a ti mismo, en el hombre interior habita la Verdad*<sup>15</sup>.

San Agustín tuvo la experiencia de saber que buscaba a Dios no por propia iniciativa, sino porque él había sido encontrado antes por Dios, había sido tocado por su misterio, que le hizo arder de amor y por eso él, enamorado, le buscaba, sabiendo que el desorden en el que había vivido no le había conducido a la felicidad, y que sólo en la re-estructuración de su vida en torno a Dios, encontraba la plenitud:

*Habías tu asaeteado nuestro corazón con tu amor y llevábamos tus palabras clavadas en nuestras entrañas; y los ejemplos de tus siervos (...) abrasaban y consumían nuestra grave indolencia, para que no volviésemos atrás y nos encendían fuertemente para que el viento de la contradicción (...) no nos apagase, antes bien nos inflamase más ardientemente*<sup>16</sup>

Pero ante todo, esta búsqueda y este poder entrar en el propio interior y en el propio corazón es gracia de Dios. San Agustín era plenamente consciente de esto y nos invita a orar para que se nos conceda esta gracia. Es pues una gracia de Dios el poder salir de la dispersión en la que todo hombre vive sumido, como un efecto del pecado original, para poder pasar de la “región de la desemejanza”<sup>17</sup> a la región de la luz, a la semejanza con Dios. Por ello quien se pone en situación de realizar una reestructuración interior debe ponerse en un ámbito de oración, pidiendo y suplicando a Dios con san Agustín:

<sup>14</sup> *ciu.* 12, 1, 3.

<sup>15</sup> *vera rel.* 39, 72.

<sup>16</sup> *conf.* 9, 2, 3.

<sup>17</sup> *conf.* 7, 10, 16.

cia agustiniana. Ya en la Regla san Agustín había hablado de esto. Los súbditos deben obedecer no como siervos bajo la ley, sino como hijos bajo un régimen de gracia, y sobre todo, por amor y compasión (*miseremini*) de quien tiene responsabilidad sobre toda la comunidad<sup>72</sup>. Por ello san Agustín los invita a que le obedezcan y reestructuren su vida, por su propio bien y el de toda la comunidad eclesial.

Este ejemplo del monasterio de Cartago que recibe la reprensión agustiniana debe llevarnos a pensar si en esta labor de reestructuración hemos olvidado su motor, que es la compasión y el amor, y al momento de reestructurar olvidamos el bien de la Iglesia y sus necesidades, y optamos por situaciones cómodas y personales, en donde posiblemente queda puesto de manifiesto, como señala san Agustín, que al faltarnos la compasión no podemos llamarnos verdaderamente siervos de Dios. Por ello hace falta revitalizar nuestra vida desde el interior para poder hacerlo también en lo exterior.

El *De opere monachorum* nos invitaría, en primer lugar, a recordar la frase evangélica: “por sus obras los conoceréis” (*Mt* 7, 20). Las obras de los siervos de Dios son las obras que nacen del amor y la compasión dentro de la Iglesia, ante las cuales no se pueden anteponer los propios intereses, como se lo recuerda san Agustín a otros monjes en la carta 48<sup>73</sup>.

Por otra parte en el *De opere monachorum* aparece una preocupación por la misma vida comunitaria, tanto dentro del monasterio como dentro de la misma comunidad eclesial. Al faltar el trabajo manual, llega a faltar el sentido de cooperación y colaboración en los elementos materiales de la comunidad. Todo ello puede hacer que se vaya perdiendo y desdibujando el sentido de comunidad, y que surja con una gran vehemencia el individualismo y con él, los partidismos y las divisiones. Así lo refleja san Agustín dentro de las *Retractationes*. Las actitudes de estos monjes, habían empezado a crear desconcierto entre los laicos, entre los fieles de la Iglesia, y comenzaba ya la división. Se trata de una división que podemos suponer también interna dentro del monasterio: cada monje procurará no ser más santo, sino ser más extravagante<sup>74</sup> para tener más “devotos”, la comunidad se irá convirtiendo en un grupo de individualistas que compiten por tener más y

<sup>72</sup> Cf. *reg.* 3 3, 7.

<sup>73</sup> Cf. *ep.* 48, 2.

<sup>74</sup> La extravagancia era un elemento propio del monacato siriano. Cf. D. Caner, *Wandering, Begging Monks. Spiritual Authority and the Promotion of Monasticism in Late Antiquity*, Berkeley, University of California Press, 2002.

un atentaado contra la doctrina católica y la auténtica vivencia de la vida monacal<sup>68</sup>.

No obstante uno de los elementos esenciales de la obra *De opere monachorum* -y que pasa desapercibida a muchos lectores-, no es tanto la argumentación agustiniana basada en la autoridad de la Escritura, ni tampoco el

hábil uso que hace san Agustín de la sátira, como hemos señalado anteriormente, sino sobre todo las últimas palabras de la obra, en las que san Agustín invita a estos monjes, que están viviendo de una manera equivocada, a cambiar su conducta y a reestructurar su vida según la doctrina católica del monacato. De este modo san Agustín señala que el elemento que debe distinguir al siervo de Dios -es decir al verdadero monje-, y que es a la vez el motivo de la reestructuración, no es otro que la compasión, un sentimiento estrella en el Nuevo Testamento<sup>69</sup> y que es un fruto y manifestación del amor. San Agustín les pide pues a estos monjes de dudosa conducta que renuncien al estilo de vida que llevan y que la reestructuren, no sólo por su propio bien, sino por el bien de toda la Iglesia, como una muestra de amor, a la vez que como una manifestación de la autenticidad de su propia identidad. Así les dice san Agustín:

*Si después de esta amonestación o más bien de esta suplica, ellos tienen la intención de perseverar en su conducta, no me quedará más que lamentarlo y gemir. Ya lo saben, es suficiente. Si son siervos de Dios, tendrán compasión de mí; si no tienen compasión, no quiero decir nada más fuerte<sup>70</sup>.*

“*Si son siervos de Dios, tendrán compasión de mí*”. Expresión que señala principalmente, entre otras, tres cosas. En primer lugar, la verdadera identidad de estos monjes. Si estas personas no re-estructuran su estilo de vida porque les falta la compasión, es precisamente porque no son siervos de Dios y son unos hipócritas vestidos con hábitos de monje. En segundo lugar, el motivo para re-estructurar la propia vida dentro de la comunidad eclesial es la compasión, es decir el amor compasivo, que ante una determinada situación o necesidad, se mueve a hacer algo por los demás para ayudarlos en el camino de Dios<sup>71</sup>. Y en tercer lugar, el motivo fundamental de la obediencia

<sup>68</sup> De hecho san Agustín aborda la heresía Mesaliana en su libro *De haeresibus* en el número 57.  
<sup>69</sup> *Mt* 14, 14; *Mt* 15, 32; *Mt* 18, 27; *Mc* 6, 34; *Mc* 8, 2; *Lc* 7, 13; *Lc* 10, 33, etc.  
<sup>70</sup> *op. mon.* 41.  
<sup>71</sup> *Cf. en. Ps.* 51, 4.

*!Oh eterna verdad, y verdadera caridad, y amada eternidad! Tú eres mi Dios; por ti suspiro día y noche (...), me hallaba lejos de ti en la región de la desemejanza, y oí tu voz de lo alto: Manjar soy de grandes: crece y me comerás<sup>18</sup>.*

Finalmente, san Agustín ve la ruptura entre los mismos seres humanos como una consecuencia del pecado original, por lo que una señal de que un hombre se ha reestructurado en su interior es el hecho de que sea ya capaz de construir una comunidad desde la paz y armonía con aquellos que le rodean, pues el centro de todos ellos es Dios. San Agustín con frecuencia contraponen dos momentos: el de la construcción de la torre de Babel (*Gn* 11,4) como efecto de la soberbia y sus consecuencias en la dispersión y separación de los hombres, y el de la unión de todas las lenguas, y por ende de los hombres y de los corazones en Dios en Pentecostés (*Hch* 2,1):

*Después del diluvio, la impia soberbia de los hombres (...), mereció la división por la diversificación de las lenguas (...), la humilde piedad de los fieles trajo a la unidad de la Iglesia la diversidad de las lenguas, de modo que la caridad reúne lo que la discordia había dispersado, y los miembros dispersos del género humano, cual si fuera un solo cuerpo, son restituidos y unidos a Cristo, única cabeza, y se fusionan en la unidad del cuerpo santo gracias al fuego del amor<sup>19</sup>.*

## 2.2. Reestructuración, dispersión y los medios actuales

Vivir un proceso de reestructuración debe significar para el religioso agustino recolecto un fuerte reto a regresar a su propio interior, dejando la dispersión y los reclamos a vivir fuera de sí mismo. En una época como la nuestra, en la que existen muchos medios de comunicación, es preciso estar atentos para que estos medios no se conviertan en fines en sí mismos, y en elementos que nos lleven a la dispersión, al olvido de Dios y de los hermanos, y por ello, a la des-estructuración de nuestras vidas. El proceso de reestructuración interior exigiría por una parte, una gran sinceridad para analizar y reflexionar si estos medios (*e-mail*, *chat*, *sms*, *celulares*, *skype*, etc.) se han convertido en el centro de la vida del religioso, de tal forma que ya no puede vivir sin ellos y lo lleven a vivir en una continua dispersión, interesado sólo

<sup>18</sup> *conf.* 7, 10, 16.  
<sup>19</sup> s. 271.

por lo que pasa fuera de sí mismo, y constituido como juez universal y cibernético de sus hermanos; o si estos medios son realmente instrumentos al servicio del trabajo y de las necesidades de la comunidad, y no pretexto y ocasión para la dispersión.

Por otro lado la reestructuración interior exigirá una gran valentía para reconocer la posible esclavitud de estos medios y pedir la gracia de Dios para reestructurar la propia vida, colocando a Dios en el centro, y todas las demás realidades en torno y al servicio del mismo Dios. Sólo de esta manera estos medios de comunicación, de transmisión de datos y de información serán verdaderamente medios que nos ayuden en nuestra vida y estarán a nuestro servicio, y no nosotros al servicio de ellos, desestructurados y fragmentados por los mismos.

### 2.3. La finalidad de la reestructuración: la revitalización

San Agustín a lo largo de su vida, como hemos ya comentado, buscó reestructurar su vida para poder responder mejor a lo que el Señor le pedía en cada uno de los momentos de su existencia<sup>20</sup>. Sin embargo es preciso destacar dos elementos que son de una gran importancia. En primer lugar, que san Agustín desea reestructurar su interior, no desde un deseo de una perfección sin más, o por el gusto soberbio de sentirse mejor que los demás. Al convertirse da un giro copernicano a su vida porque ama a Cristo, porque está enamorado del *Verbo* que para salvar a los hombres, ha descendido del cielo<sup>21</sup>. San Agustín se convierte por amor y para amar:

*Soy plenamente consciente, Señor, de que te amo. Heriste mi corazón con tu palabra y te amé. Mas también el cielo y la tierra y todo cuanto en ellos se contienen me dicen de todas partes que te ame; y no cesan de decirselo a todos, a fin de que sean inexcusables*”<sup>22</sup>

Y en segundo lugar, que la conversión y el consiguiente abandono de las viejas estructuras de muerte y pecado, no significan la pérdida de vigor y vitalidad, sino todo lo contrario, para san Agustín dejar el peso de sus pecados y tomar sobre sus hombros la carga de Cristo es lo que le da una mayor li-

<sup>20</sup> *conf.* 10, 26, 37.

<sup>21</sup> Cf. *en. Ps.* 26, 2, 8; Cf. E. Eguiarte, “El Descenso de Cristo en algunas *Enarrationes in Psalmos*”, en *AVGVSTINVS* 54 (2009), 295-314.

<sup>22</sup> *conf.* 10, 6, 8.

tres condiciones que san Agustín ha estipulado. Sólo así verdaderamente la reestructuración llevará una revitalización:

En el proceso de reestructuración y de revitalización, como religiosos agustinos recoletos deberíamos preguntarnos cómo estamos viviendo el sacramento de la eucaristía. Si éste se ha vuelto sólo una rutina y nos hemos convertido simplemente en funcionarios de la misma, o si sigue siendo el centro de nuestra espiritualidad y de la vida propia y comunitaria, de tal forma que se llega a sentir una acuciante necesidad espiritual de recibir la eucaristía como fuente esencial de comunión, de revitalización.

### 3. Algunos principios de la reestructuración y revitalización sacados de la vida de san Agustín

San Agustín como monje y como pastor de almas tuvo que afrontar en su vida la reestructuración y la revitalización. La época de san Agustín, a pesar de los muchos años que nos separan de ella, se asemeja mucho a nuestros tiempos actuales, en los que hay una redefinición del mundo y se ponen en tela de juicio muchos valores e instituciones. Frente a estas realidades san Agustín dio respuestas. En el presente apartado daremos sucintamente algunos ejemplos de estas respuestas agustinianas, como elementos que nos pueden ayudar en nuestra reflexión hoy, dentro de la familia agustino recoleta y en el contexto concreto en el que nos encontramos.

#### 3.1. Reestructurando un monasterio

Con su obra *De Opere monachorum*, san Agustín interviene para llamar la atención a un grupo de monjes “perezosos” a petición del obispo Aurelio de Cartago<sup>67</sup>. La historia es muy conocida por todos. Muchos se pueden quedar sólo con la anécdota del caso y con los elementos satíricos que san Agustín usa para resaltar los errores de este grupo de monjes: el cabello largo de dichos monjes, o su negación a realizar trabajos manuales de cualquier tipo. Pocos sin embargo, se percatan de que muy posiblemente detrás de estos monjes perezosos, como muy probablemente lo sospechaba san Agustín, se escondían algunos monjes de inspiración mesaliana o euquita, cuyas ideas no sólo formaban parte de las extravagancias que caracterizaban la vida monacal de origen sirio, sino que eran verdaderamente heréticas y por lo tanto

<sup>67</sup> Cf. *retr.* 2, 21, 1; *op. mon.* 1, 1.

“!Oh sacramento de piedad!, ¡oh símbolo de unidad!, ¡oh vínculo de caridad! ¿Quién quiera vivir, aquí tiene donde vivir, tiene de donde vivir. Acérquese, crea, forme parte de este cuerpo para ser vivificado”<sup>65</sup>.

En la reestructuración y revitalización es preciso vivir en y desde el sacramento de Dios hacia los hombres (su condensencia), pero a la vez es una invitación a los seres humanos a reestructurar su propia vida según las relaciones de la *pietas*, es decir a saber siempre dar a Dios con fidelidad (*sacramentum* en el sentido de juramento que implica fidelidad) lo que a Dios le corresponde y colocarlo siempre en el centro de la propia vida y en el centro del propio corazón.

Por otro lado la eucaristía es símbolo de unidad, es decir, es a la vez prenda y exigencia de unidad. Se recibe la unidad y la comunión con Cristo cabeza, como decíamos antes, pero a la vez es una exigencia a vivir la comunión con todos los miembros del Cuerpo de Cristo, particularmente con aquellos miembros del Cuerpo de Cristo con los que formamos la comunidad, que es parte de ese mismo Cuerpo de Cristo, y entre los que debe reinar la paz, como fruto de la caridad, norma suprema del cristiano y ley máxima de la vida de comunidad.

Finalmente la eucaristía es vínculo de caridad. Se recibe la caridad y se crea el fuerte vínculo del amor al recibir la eucaristía. Cuando esto es verdad, la vida del creyente está llena de la vitalidad de Dios, de su propio amor, de su gracia, y pasan a un segundo plano los demás elementos humanos, pues el amor, la caridad, es la raíz de la cual no pueden brotar sino buenos frutos:

*“Ama y haz lo que quieras”, Si callas, calla por amor. Si gritas, grita por amor. Si corriges, corrige por amor. Si perdonas, perdona por amor. Exista dentro de ti la raíz de la caridad; de dicha raíz no puede brotar sino el bien”*<sup>66</sup>.

Por ello, quien quiera vivir, debe acercarse a la fuente de la vida que es la Eucaristía, pero como decíamos antes, debe estar dispuesto a cumplir las

<sup>65</sup> *Io. eu. n. 26, 13.*  
<sup>66</sup> *ep. Io. n. 7, 8.*

bertad y plenitud de vida. El proceso de conversión de san Agustín desemboca en la revitalización, y junto con su ardiente deseo de seguir bebiendo de las fuentes de la Vida, lo lleva a no cejar en su empeño de reestructurarse y de convertirse siempre a Dios:

*“Otra es la carga que te oprime y abruma. La carga de Cristo te sostiene y te levanta. Otra es la carga pesada, la carga de Cristo tiene alas (...). Tal es la carga de Cristo. La llevan los hombres; no sean perzozos. No se atiendan a aquellos que no quieren llevarla. ¿Quién quiera, que la lleve, y vea que ligera, que suave, que alegre es, y cómo arranca de la tierra y arrebatada hacia el cielo”*<sup>23</sup>

Quien se convierte y reestructura su vida no vive un proceso de muerte, sino por el contrario, un proceso de vida. Se abandona lo que se creía falso, mente que era la vida y se descubre la vida verdadera en Cristo.

## 2.4. Fuentes de la revitalización

Contemplando la vida y la obra de san Agustín podremos percatarnos de los elementos que le ayudaron en su camino de reestructuración interior, en su camino de conversión a Dios, así como aquellas fuentes de las que él bebía continuamente, y con cuya agua su proceso de reestructuración se convirtió en proceso de revitalización. Las “fuentes” o medios que acompañaron y movieron su proceso y que continuamente lo revitalizaban fueron sobre todo tres: la Sagrada Escritura, la oración y los sacramentos. A continuación iremos desarrollando cada uno de ellos.

### 2.4.1. Sagrada Escritura

San Agustín fue un hombre que amó la Biblia, y su relación con la Palabra de Dios fue la relación de toda una vida. Desde el momento en el que lee la Biblia por primera vez y la deja de lado, porque no estaba escrita con la elegancia y amplitud de los clásicos latinos que él conocía<sup>24</sup>, hasta el

<sup>23</sup> *en. Ps. 59, 8.*

<sup>24</sup> Y también muy posiblemente porque la Biblia contenía una serie de cosas que él en ese momento era incapaz de entender como las diferentes genealogías de Jesucristo, la dudosa moralidad de algunos patriarcas, etc. Se trata de elementos que los maniqueos de alguna manera le habían puesto de manifiesto para justificar, siguiendo una corriente de inspiración marioneta, la supresión en bloque de todo el Antiguo Testamento. A esto precisamente hace referencia san

momento en el que antes de morir medita los salmos penitenciales que, copiados en grandes pliegos, mandó colocar delante de su lecho de muerte<sup>25</sup>. Una vez que de mano de san Ambrosio descubre los diversos sentidos que tiene el texto de la Sagrada Escritura y aprende a leer la Biblia<sup>26</sup>, se volverá un amante apasionado de la Palabra de Dios, llenando sus obras de citas bíblicas y haciendo que su teología se convierta simplemente en comentario a los diversos textos bíblicos.

En el proceso de reestructuración y revitalización de la vida de san Agustín, la Biblia juega un papel fundamental. Así lo ha puesto de manifiesto el Papa Benedicto XVI, quien al hablar de las tres conversiones de san Agustín señala que cada una de ellas estuvo movida e iluminada por un determinado texto bíblico, y que, en realidad, toda la vida de san Agustín estuvo movida e inspirada por la Palabra de Dios. De este modo, por señalarlo sucintamente, la primera conversión de san Agustín -es decir el momento en el que recibe el bautismo-, estuvo movida no sólo por el texto de *Rm* 13, 13ss, que leyó al azar en el Huerto de Milán, tal y como él mismo nos lo narra en las *Confesiones*<sup>27</sup>, sino también por el texto de *Jn* 1, 14<sup>28</sup>.

La segunda conversión de san Agustín, según lo señala el Papa Benedicto XVI, es a la vida pastoral. Estuvo motivada e iluminada por el texto de *2 Cor* 5, 15<sup>29</sup> y tuvo lugar el año 391 a raíz de su ordenación sacerdotal. Finalmente la conversión de san Agustín a las realidades de la gracia -la tercera conversión que señala Benedicto XVI-, le fue inspirada por los textos de *I Cor* 4, 7 y *Mt* 6, 12, como el Santo expresa claramente en las *Retractationes*<sup>30</sup>.

---

Agustín en el sermón 51, al explicarle al pueblo las genealogías de Cristo y cómo él se quedó consternado por su lectura cuando era joven. Todo ello seguramente para animar a sus oyentes a no quedarse en la primera impresión o en la letra de la Biblia, sino a saber descubrir el espíritu que late en ella y que le da vida: "(...) estas cosas que, ahora yo firme en la fe, os propongo y explico, fueron las que me desconcertaron".s. 51, 6. Cf. P. de Luis, "No me pareció digna de ser comparada con la dignidad de Tulio (*conf.* 3, 5, 9)", en *Jornadas Agustinianas. XVI Centenario de la conversión de san Agustín* (Madrid, 22-24 abril de 1987), Valladolid, 1998, 51-52.

<sup>25</sup> Posidio, *Vita Augustini*, 31.

<sup>26</sup> Cf. *conf.* 5, 24 y 6, 3-4.

<sup>27</sup> Cf. *conf.* 8, 29.

<sup>28</sup> "Solo en la fe de la Iglesia encontró después, la segunda verdad esencial: el Verbo, el Logos, se hizo carne (...) A la humildad de la encarnación de Dios debe corresponder (...) la humildad de nuestra fe, que abandona la soberbia pedante y se inclina, entrando a formar parte de la comunidad del cuerpo de Cristo". Benedicto XVI, *Homilía 22-IV-2007*.

<sup>29</sup> *Idem*.

<sup>30</sup> "Mientras tanto he comprendido que solo uno es verdaderamente perfecto y que las palabras del Sermón de la montaña solo se han realizado en uno solo: Jesucristo mismo. Toda la Iglesia, en

sables para participar del sacramento del Cuerpo y de la Sangre del Señor, llega a afirmar que el que recibe este sacramento sin tener el vínculo de la paz y de la concordia, es decir, sin vivir en comunión con los demás miembros del cuerpo de Cristo, lo come y lo bebe de una manera indigna e incluso reprobable. El texto agustiniano no puede ser más fuerte:

"Tal es el modelo que nos ha dado nuestro Señor Jesucristo; así es como quiso unirnos a su persona y consagró sobre su mesa el misterio simbólico de la paz y unión que deben reinar entre nosotros. Quien recibe el misterio de unidad y no tiene el vínculo de la paz, no recibe un misterio que le aproveche, sino más bien un sacramento que le condena"<sup>64</sup>.

Así pues, aquellos miembros de la comunidad que no se esfuerzan por crear la paz, y a través de la paz, la concordia y la comunión entre los miembros del cuerpo de Cristo, no pueden recibir el cuerpo de Cristo. Necesitan, emprender un proceso -largo o corto- de re-estructuración interior, que incluya, en primer lugar, una reconciliación con todos aquellos que son cuerpo de Cristo, comenzando por la reconciliación con la propia persona y prosiguiendo con la reconciliación con los hermanos, paso indispensable para poder participar en el sacramento del Cuerpo del Señor.

Hace falta convertirse en constructores de la paz y de la concordia en medio de las comunidades, para que pueda existir la comunión fraterna. No se trataría, por tanto, de quedarse en el primer paso, el de la reconciliación, es preciso, para formar parte del cuerpo de Cristo, edificar y construir algo: mi propio ser, la paz de la comunidad, la concordia mutua y fraterna, a través de mis actos, mis palabras, mi oración, es decir, a través de mi acción -o pasión- positiva, a favor de los demás que conforman la comunidad.

En segundo lugar, san Agustín señala con fuerza la dimensión de revitalización que tiene el sacramento de la Eucaristía, quien quiera vivir, ya tiene dónde y de qué vivir, del Cuerpo y sangre de Cristo. No obstante para que el sacramento sea fuente de vida es preciso aceptar las tres condiciones que san Agustín coloca como sinónimos de la eucaristía:

---

<sup>64</sup> s. 272.



hace falta la fuerza de este alimento celeste para llegar a la ciudad de Dios-, debe vivir en una comunión perfecta con Cristo, es decir debe vivir una vida de intimidad con El, debe tenerlo a El como centro de la vida. Recibir la eucaristía implica también para san Agustín vivir una plena reestructuración interior, en donde la fuente de vida del creyente no es otra que el mismo Cristo. El Obispo de Hipona es consciente de que Dios lo puede todo sin nosotros y que nosotros no podemos nada sin él:

“*Señor, nada sin ti, todo en ti. El puede mucho, todo sin nosotros, nosotros no podemos hacer nada si Él*”<sup>61</sup>.

La comunión con el cuerpo de Cristo implica además para san Agustín un compromiso de unidad. No pueden comer y beber el cuerpo de Cristo aquellos que no quieren vivir en la unidad, que no saben perdonar, que están divididos o separados, o que buscan al margen de Cristo, sus propios intereses. Todos deben buscar los intereses de Cristo y unirse como miembros de un mismo cuerpo:

“*Puesto que lo que se ha realizado es uno, sed también vosotros uno, amandoos, guardando una sola fe, una sola esperanza y un amor indivisible*”<sup>62</sup>.

El hecho mismo del poder recibir este sacramento es una invitación a ser un miembro sano y fuerte dentro del cuerpo de Cristo, y a evitar ser un miembro enfermo o canceroso por la falta de conversión y de reestructuración interior. Su recepción implica asumir este compromiso y responsabilidad:

“*No revele la unión de los miembros, no sea un miembro canceroso que merezca ser cortado, ni miembro dislocado de quien se avergüencen; sea hermoso, este adaptado, este sano, este unido al cuerpo, viva de Dios y para Dios; trabaje ahora en la tierra para que después reine en el cielo*”<sup>63</sup>.

Agustín va todavía más lejos, y para acentuar la importancia que tienen la concordia y la paz como características esenciales y condiciones indispen-

<sup>60</sup> Cf. s. 227.

<sup>61</sup> en. Ps. 30, 2, 1, 4.

<sup>62</sup> *Ibid.*

<sup>63</sup> *Io. ev. n. 26, 13-14.*

De este modo los cambios y la profundización de temas que se van sucediendo en el pensamiento agustiniano no son sino reflexiones y profundizaciones en la misma palabra de Dios, una palabra que era leída y a la vez, meditada y vivida, como alimento cotidiano del alma.

Por ello, en primer lugar, san Agustín nos recuerda que las Sagradas Escrituras son las cartas que nuestro Padre, Dios, que está en la Patria nos envía para que no olvidemos la meta de nuestro camino:

*Nuestro Padre nos envió unas cartas desde allí (la Patria). Dios nos proporcionó las santas Escrituras; con tales cartas renació en nosotros el deseo de volver, porque amando nuestro exilio, habíamos dado la cara al enemigo y las espaldas a la Patria* <sup>31</sup>

Por otro lado, san Agustín no deja de invitar a sus oyentes a la lectura de las Sagradas Escrituras, y a la adquisición de algún volumen de la mismas para facilitar su lectura atenta y frecuente:

“*Todos los días se venden los códices del Señor, y el lector te los lee (en la iglesia); compráteles y léelos tú también cuando hay tiempo; mejor dicho, haz que lo haya, pues mejor es que lo haya para esto que para frivolidades*” <sup>32</sup>

La reestructuración del corazón del agustino recoleto debería estar marcada también por la lectura y la meditación de la Palabra de Dios, de tal forma que la voz de Dios pueda hacerse viva y presente en la existencia de cada religioso.

Al igual que san Agustín, el religioso agustino recoleto debería estar abierto a acoger la Palabra en su vida (*tolle lege*<sup>33</sup>), para responder con prontitud y alegría a las llamadas que Dios le puede ir haciendo. Para ello, hace falta no sólo una lectura atenta y meditativa de la Palabra, sino vivir en un continuo diálogo con Dios, en donde su Palabra va resonando con fuerza

cambio – todos nosotros, incluidos los Apóstoles – debemos orar cada día: “Perdona nuestras ofensas como nosotros perdonamos a los que nos ofenden”. *retr.* 1, 19, 1-3.

<sup>31</sup> *en. Ps. 64, 2.*

<sup>32</sup> *s. Doibean 5, 14*: “Nuestros códices se llevan a vender públicamente: la luz no se ruboriza. Comprendeos, leanlos, crean (...) Comprate y lee el códice”. Cf. *s. Doibean 26, 20, 531.*

<sup>33</sup> *conf.* 8, 29.

y claridad en el propio corazón, de tal forma que se hace realidad lo que san Agustín nos señala:

*“Tu oración es un diálogo con Dios. Cuando lees las Escrituras, Dios te habla. Cuando oras, tú hablas a Dios”*<sup>34</sup>.

Deberíamos ser más conscientes de cómo en diversas etapas de nuestra vida hay textos bíblicos que han resonado en nuestro interior más que otros, y que estos textos, como dice san Agustín, son las *admonitiones* internas<sup>35</sup> que Dios nos envía por medio de su Espíritu, y con las cuales nos invita a caminar, a seguir nuestro sendero como peregrinos de la ciudad de Dios, anhelando la patria y respondiendo con generosidad a las llamadas de Dios en los diversos momentos y circunstancias por los que transitamos, sabiendo que Dios nos llama siempre a revitalizar nuestra propia vida, llenándola de su gracia.

Se trata de la lectura y escucha de la Palabra de Dios que brota del deseo<sup>36</sup>, no sólo de la patria del cielo, sino sobre todo del deseo del cumplimiento de la voluntad de Dios. Por ello dice san Agustín que los mejores siervos de Dios no son aquellos que oyen de labios de Dios lo que ellos quieren escuchar, sino los que llegan a querer lo que Dios les señala:

*“Tu mejor servidor es aquel que no tiene sus miras puestas en el oír de tus labios lo que él quiere, sino en querer sobre todo, aquello que ha oído de tu boca”*<sup>37</sup>.

El mismo san Agustín es un vivo ejemplo de esto, pues no dejó nunca de buscar a Dios y el cumplimiento de su voluntad, ni siquiera en los últimos momentos de su vida. Así lo refleja al final del *De Trinitate*, pidiéndole a Dios fuerza para seguir buscándolo, para seguir encontrándolo, para seguir convirtiéndose a Él, en definitiva y con palabras nuestras, para seguir reestructurando su vida:

*“Dame fuerzas para la búsqueda, Tú que hiciste que te encontrara, y me has dado esperanzas de un conocimiento más perfecto. Ante Ti está mi*

<sup>34</sup> *en. Ps.* 85, 7.

<sup>35</sup> *Cf. conf.* 7, 16.

<sup>36</sup> *en. Ps.* 37, 14.

<sup>37</sup> *conf.* 10, 37.

*Allí descansaremos y contemplaremos, contemplaremos y amaremos, amaremos y alabaremos. He aquí lo que habrá al fin, mas sin fin. Pues, ¿qué otro puede ser nuestro fin sino llegar al reino que no tiene fin?*<sup>58</sup>

### 2.4.3. La Eucaristía

Otro elemento que le sirve a san Agustín como herramienta que reestructura y revitaliza su interior, y que le ayuda en su camino hacia la ciudad de Dios, son los sacramentos, particularmente el sacramento de la Eucaristía. Por medio de ella, el religioso agustino recoleto, como san Agustín, se reconoce viandante y peregrino de la Jerusalén celeste, y necesitado del viático, del alimento para el camino, que no es otro que el mismo pan de Dios.

Si bien es cierto que san Agustín desarrolla una rica teología sobre el sacramento de la Eucaristía, hay un tema que san Agustín no olvida al hablar de este sacramento, particularmente en sus homilías dirigidas a los *infantes*, es decir a los que acababan de recibir el bautismo en la noche de Pascua. Este tema no puede ser otro que el de la comunión. Quien participa de la Eucaristía debe vivir en comunión perfecta con Cristo Cabeza, a quien recibe sustancialmente en el sacramento. No obstante la idea de comunión en san Agustín no se termina aquí. Para él esta primera comunión es tan importante como la que se debe establecer entre todos y cada uno de los miembros del Cuerpo de Cristo. Recibir la Eucaristía es un compromiso a ser Cuerpo de Cristo y a edificar este cuerpo de Cristo, sabiendo, como dice san Agustín, que somos lo que recibimos:

*“Vosotros sois lo que recibís por la gracia con la que habéis sido re-dimidos”*<sup>59</sup>.

Desde la reestructuración y revitalización interior, el sacramento de la Eucaristía adquiere una dimensión doble: por una parte, de compromiso; y por otra, de ser fuente necesaria de gracia y de vida, sin la cual la consagración de los siervos de Dios pierde vitalidad.

Así pues en primer lugar, quien se acerca a recibir la eucaristía –cosa que san Agustín recomienda hacer todos los días<sup>60</sup>, pues como viandantes

<sup>58</sup> *ciu.* 22, 30, 5.

<sup>59</sup> *s.* 229<sup>a</sup>: *Quod accipistis vos estis, gratia qua redempti estis.*

Con esta luz podemos percibir con más claridad lo que Dios quiere en este momento de la historia, en esta época de cambios, o de cambio de época, de cada uno de nosotros y de la Orden en conjunto.

En segundo lugar, a través de la oración, Dios nos hace arder en su amor. Sólo desde el amor y por amor se pueden afrontar los retos del mundo contemporáneo, pues la Orden no es una multinacional, ni una compañía comercial. Da testimonio de Cristo vivo y resucitado y comunica su amor. Al arder en amor de Dios, la oración nos capacita y nos hace más disponibles para todo lo que Dios quiera pedirnos. La iniciativa y el protagonismo siempre corresponde a Dios. Es El quien da sus mociones, quien enciende en el fuego de su amor, quien ilumina y quien nos eleva para experimentar y testimoniar su amor.

*Para que tú ames a Dios es necesario que Dios more en ti, que su amor te venga de El y se vuelva de ti a El; o sea, que recibas su moción, ponga en ti su fuego, te ilumine y te levante a su amor»<sup>54</sup>*

Un tercer efecto de la oración es el de levantar el corazón<sup>55</sup>. Hacemos oración no para quedarnos en las cosas de la tierra, sino para levantar y elevar nuestro corazón hacia los bienes de Dios y añorarlos con un deseo enamorado<sup>56</sup>, como peregrinos que van hacia la ciudad de Dios<sup>57</sup>. De esta manera se relativizan todas las cosas humanas y se rompen todas las instalaciones, la búsqueda de privilegios, el nacionalismo y los esquemas humanos que pueden ser un fuerte obstáculo al momento de reestructurar y revitalizar la vida agustiniana.

Oramos con san Agustín y como san Agustín para sentirnos verdaderamente peregrinos y responder cada día mejor a Dios, sabiendo que el verdadero fin de nuestra vida es llegar a la ciudad de Dios, al reino que no tendrá fin. Todo lo demás es relativo y pierde valor a la luz de la ciudad de Dios. Oramos porque deseamos la Jerusalén celeste:

<sup>54</sup> s. 128, 4.  
<sup>55</sup> Cf. en. Ps. 148, 5.  
<sup>56</sup> Cf. ep. Io. n. 4, 6.  
<sup>57</sup> Cf. cit. 14, 28.

*firmeza y mi debilidad; sana esta, conserva aquella. Ante Ti está mi ciencia y mi ignorancia. Si me abres, recibe al que entra; si me cierras el postigo, abre al que llama. Haz que me acuerde de Ti, que te comprenda y te ame. Acrecienta en mí estos dones hasta mi reforma completa»<sup>38</sup>.*

La Sagrada Escritura, leída, meditada y escuchada con los oídos del corazón es una herramienta indispensable para la reestructuración y revitalización interior.

## 2.4.2. Oración

Una segunda herramienta que le ayuda a san Agustín en su proceso de reestructuración interior, de conversión, y de revitalización es la oración. San Agustín ora para no olvidar que su vida, con todo lo que ella implica, está en las manos de Dios. Asimismo ora para recordar que todo lo que es y lo que tiene proviene de Dios: él no es sino un mendigo<sup>39</sup>, que se presenta ante Dios con toda su pobreza:

*“Por tanto, si quieres poseer la justicia, sé mendigo de Dios. ¿Quién hace poco mediante las palabras del Evangelio te exhortaba a que pidieras, buscaras y amaras. Él sabía que eras su mendigo, y, como padre de familia, enormemente rico en riquezas espirituales y eternas te exhorta y te dice: pide, busca, llama. ¿Quién pide, recibe; el que busca, encuentra; a quien llama, se le abre. Te exhorta a que pidas; ¿va a negarte lo que pides?»<sup>40</sup>*

La oración reestructura y revitaliza el corazón de san Agustín porque la oración es para él un ejercicio de amor. Oraba para encenderse más en el amor de Dios. El tema más recurrente de su oración era precisamente el del amor<sup>41</sup>, pues para él, la oración sería: “*Abrazar a Dios con amor; o bien, abrazar el amor de Dios*”<sup>42</sup>.

De este modo, si en la oración procuramos llenarnos del amor de Dios, nada nos podrá faltar, tampoco habrá nada que nos detenga en el proceso de

<sup>38</sup> *tm.*, 15, 51.

<sup>39</sup> Cf. en. Ps. 29, 2, 1; s. 56, 9; s. 61, 4.

<sup>40</sup> s. 61, 4-6.

<sup>41</sup> Cf. s. 350 A, 1.

<sup>42</sup> *tm.*, 8, 8, 12.

reestructuración y revitalización interior, pues todas las riquezas las tendremos al tener el amor<sup>43</sup>; y al recibir el amor en la oración desaparecerán las dificultades y los obstáculos. Cuando los cambios y las transformaciones resultan difíciles y pesados, es porque nos falta el amor. Debemos dejarnos reestructurar y revitalizar por el amor, pues como dice san Agustín: “*en lo que se ama, o no se trabaja o se ama el trabajo*”<sup>44</sup>.

De hecho para san Agustín, la oración realiza en el corazón del creyente, la reestructuración. Lo ordena todo según el *ordo amoris* y acuña, -va formando- en lo más profundo de la intimidad la imagen misma de Dios: “*“El hombre es moneda de Cristo, allí está la imagen, allí el nombre de Cristo, allí la función y los oficios de Cristo”*”<sup>45</sup>. La oración posibilita que el hombre haga suyos los sentimientos de Cristo, y contribuye a que Cristo se vaya formando en él.

Para san Agustín, la oración es ante todo un diálogo entre el hombre y Dios, entre Dios y el hombre<sup>46</sup>. Por eso es muy importante aprender a escuchar: sólo desde la actitud de escucha se puede conocer y responder luego a las peticiones que Dios nos hace. En este sentido san Agustín nos invitaría hoy como ayer, a crear un espacio de silencio en nuestro interior, a volver a nuestro corazón<sup>47</sup>, a entrar en nuestro interior, a no buscar ir fuera<sup>48</sup>, para encontrarnos con la Verdad, esa Verdad con mayúscula que es Cristo. Y encontrándonos con la Verdad, con el Maestro interior<sup>49</sup>, escucharlo, y pedirle la gracia que nos ayude a cumplir lo que Él nos diga en nuestro interior. Esto es esencial para san Agustín.

Por otro lado, san Agustín es muy consciente -sobre todo a raíz de la polémica pelagiana-, de que el ser humano no se reestructura ni se revitaliza a sí mismo, sino que es la gracia de Dios quien lo capacita y lo modela según los planes de Dios. La Gracia no anula la libertad, sino que la hace posible, ya que requiere la colaboración libre de cada uno. Por ello, la frase que podríamos llamar la “*jaculatoria agustiniana*” -ya que se repite unas diez

<sup>43</sup> Cf. s. 350, 2.

<sup>44</sup> *b. uid* 21, 26

<sup>45</sup> s. 90, 10.

<sup>46</sup> Cf. *en. Ps.* 85, 7.

<sup>47</sup> Cf. *Io. eu. tr.* 18, 10.

<sup>48</sup> Cf. *uera rel.* 72.

<sup>49</sup> Cf. s. 102, 1.

veces de manera directa e indirecta dentro de toda la obra agustiniana-, y que bien podría ser el *leitmotiv* del proceso de reestructuración y revitalización, es una plegaria que san Agustín hace en las *Confesiones*: “*Da lo que mandas y manda lo que quieras*”<sup>50</sup>

La oración tiene para el santo Obispo de Hipona una dimensión comunitaria muy importante. La oración debe reestructurar y revitalizar el corazón abriéndolo de una manera nueva a la dimensión comunitaria, rompiendo los “ismos” tan propios de la condición humana, y que se han acentuado de manera particular en nuestro tiempo: los egoísmos, los protagonismos y los individualismos. Esto es singularmente importante en una sociedad ultraindividualistas y post-egoísta como la nuestra. La reestructuración del corazón debe superar estos escollos. Lo que contemplamos, lo que recibimos de Dios en la oración, no es para nosotros mismos, es para que lo compartamos con nuestros hermanos. Y si verdaderamente la experiencia de Dios está reestructurando y revitalizando nuestro interior, no nos podemos reservar el fuego de la experiencia de Dios para nosotros solos. El fuego de Dios nos debe impulsar a arrastrar a todos hacia el amor de Dios. Si verdaderamente amamos a Dios, nos preocuparemos de compartir esa experiencia de Dios con todos. Si no amamos a Dios, no arrastraremos a nadie, más bien nos dejaremos llevar por las diversas corrientes del mundo contemporáneo. San Agustín, por su parte, experimentó la fuerza del amor de tal forma que nos dice: “*Si amáis a Dios, arrebatad al amor de Dios a todos los que con vosotros están unidos y a todos los que se hallan en vuestra casa*”<sup>51</sup>.

Además es preciso considerar que si la oración es un elemento, una fuente verdadera en el proceso de reestructuración y revitalización, se deben de dar en nosotros varios efectos. San Agustín nos dice que la oración llena el corazón de cada creyente de luz, lo enciende en Cristo. Sabe que el hombre no es luz en sí mismo, es sólo lámpara y puede iluminar porque ha recibido la luz de parte de Dios<sup>52</sup>: “*Reconoce que tú no eres luz para ti (...) Di pues, y clama lo que está escrito: Tú Señor, iluminarás mi lámpara*”<sup>53</sup>.

<sup>50</sup> *conf.* 10, 40.

<sup>51</sup> *en. Ps.* 33, 2, 6.

<sup>52</sup> Cf. s. 234, 3.

<sup>53</sup> s. 67, 8.